

NUESTRA PEQUEÑA HISTORIA

POR
Enrique DESCAYRE

Por eso, a pesar de todo, la ilusión siguió su curso y por la simplísima razón de que basta llevar por delante cuatro palmas de asta para que, movida y ondeada por el viento de una idea noble, no pueda la vocación arriar nunca su bandera.

La Costa Brava debía salir al mundo como fuera. Y tal empresa debía acometerse con todas las garantías y envuelta con las mayores dignidades. Las calidades de nuestro litoral, por poco que uno las mirara con nobleza e inteligencia, podrían llegar a ser —nos decíamos ya entonces, con el milagro de S'Agaró a la vista— uno de los más dignos lugares a figurar en ese gran concierto de zonas privilegiadas que el turismo ha puesto en boga.

Fracasada mi intentona anterior de poner en marcha a un conjunto de voluntades y personas, creí que la solución podía hallarse con mucha más facilidad si intentaba buscarle de momento algún parecido, para el que no precisara convencer ni utilizar más que a un número minúsculo de individuos.

Fué entonces cuando proyecté la creación de la «Revista Mediterránea» en la que, y entre la gran diversidad temática que existe en el ámbito de tal enunciado, saldría la Costa Brava a proclamar en cada edición la rica gama de sus dones y excelencias. Era, mejor dicho hubiera sido el más formidable vehículo propagandístico que podía ofrecerse para presentarse en sociedad con el rango y boato de los grandes honores.

Expuse el proyecto a mi querido y docto amigo don Juan Estelrich, quien tomó la idea con verdadero entusiasmo. Al cabo de muy pocos días estábamos ya metidos de lleno en su estudio, con la impaciencia que es norma en todas las grandes ilusiones.

Como delegado español en uno de los comités de la extinguida Sociedad de Naciones, Estelrich hubiera aportado a la Revista, aparte de su reconocida competencia, la gran colaboración de muchas firmas prestigiosas que con él departían su labor y amistad en la sede ginebrina. ¿Podía la Costa Brava, en tales días, pedir más?

Mientras las obras malas, mediocres y vulgares, se mantienen fácilmente con la numerosa aportación de su espontánea clientela, a las mayores hay siempre que buscarles el apoyo y soporte de un mecenas. La primera edición saldría como fuera, puesto que luego Dios diría, y es fácil asegurar que ante la importancia y magnitud de la empresa, don Francisco Cambó, que algo sabía ya de nuestra trama, hubiera, como en tantos otros casos, soportado con todo cariño y estoica resignación las consecuencias de un sueño tan audaz como magnífico.

Nuestra Revista, además, pensaba convocar anualmente un Certamen Internacional de Letras, cuyo premio mayor iba destinado a la mejor glosa o elogio tributado a la Costa Brava. S'Agaró fué por nosotros el lugar escogido para celebrar la fiesta que debería rematar dicho torneo, como también Estelrich estimaba que S'Agaró, por su estrecho contacto y vecindad con la urbe guixolense, constituían sin duda un muy digno escenario para reunir en conferencia a alguna de las Comisiones que funcionaban en el organismo de Ginebra, y cuyo desplazamiento entendía, previas las colaboraciones del caso como hecho perfectamente realizable.

Todo se hallaba, en principio, ya dispuesto, y, por lo que a la Revista se refiere, los trámites muy avanzados, cuando vino nuestra contienda civil a desbaratar totalmente nuestros planes, yugulando uno de nuestros sueños más bellos y fantásticos.

La ciudad guixolense perdía nuevamente con ello lo que de otro modo podía haber sido su mayor conquista, —conquista ésta con proyección y resonancia universal— a la vez que la Costa Brava veía igualmente malograda la gran oportunidad que nosotros intentábamos brindarle a través del más puro y ferviente quijotismo.

La Costa Brava debe todavía a «Pol» el agradecimiento que supondría el hecho de consagrarle un trozo de su paisaje

Igualmente, y por aquellos mismos días, hubo un tercer acontecimiento que compagina admirablemente con los dos casos ya descritos. Aunque, al decir acontecimiento, me refiero a lo que el hecho pudo y debió haber sido, si nuestro galimatías interno de aquel entonces no lo hubiera, triste y vergonzosamente, malogrado.

Para una de aquellas páginas adicionales que la mayoría de los periódicos barceloneses dedicaban a las ciudades y pueblos de Cataluña en glosa de sus fiestas y acontecimientos más principales, solicité «La Veu» un artículo mío, como relleno de unas páginas consagradas a la celebración de nuestra Fiesta Mayor.

Desde aquellas líneas lancé la idea de dedicar al periodista Fernando Agulló un trozo de ese paisaje maravilloso que él bautizó con el nombre de Costa Brava, para terminar afirmando que nada mejor honraría su imperecedera memoria que dedicarle una de nuestras calas con el seudónimo de «Pol» que él había popularizado a través de todas sus campañas.

Sería harto prolijo enumerar la porción y calidad de las firmas y publicaciones que salieron en defensa de dicha iniciativa hasta merecer de la Asociación de Periodistas de Barcelona, presidida por mi querido e inolvidable Costa y Deu, el honor de tomarla como suya.

Pero como aquí la política no fué durante mucho tiempo —y menos en aquellos días— el arte de las posibilidades, que supiera dejar al margen de su voracidad los hechos que nada tuvieran que ver con ella, salió —¿Cómo no?— una minoría de voces discordantes integrada por los de enfrente —aunque con varias y muy estimables excepciones— y también por algunos, llamémosles independientes o incontrolados, que no podían, —ni en este caso que por dignidad debía hallarse, como fué planteado, muy por encima de cualquier divisoria,— dejar por un momento de alardear de su espíritu simplón y capillista. Eso de ver el mundo, bien sea en secta o entre familia o a través de una tertulia de café, es un acto tan sumamente vulgar y pedante que, quiérase o no, resulta ser siempre el mejor camino para dar rienda suelta a las más graves y ruidosas tonterías.

Donde vi buena fe, allí acudí para deshacer ciertos entuestos. Este fué el caso del periódico «El Matí» al que yo repliqué en una de mis Crónicas de la Costa Brava que publicaba semanalmente en «La Veu», muy parecidas —oh santa, santísima tradición— a las que hoy publica Andraitx en el «Diario de Barcelona». Esta réplica, junto con otros tantos gestos de honradez que en cada caso recibí, me valió una carta privada del autor de dicho comentario confesándose sinceramente que se trataba de un mal entendido y rehuendo de proseguir en público una polémica que solo podía engordar a los flacos de espíritu.

Pero lo más chocante fué que entre el escaso y justificado número de publicaciones que se opusieron al proyecto, contamos por su pasividad o inhibición a las de nuestra prensa local. Incluso el semanario «La Costa Brava» del que yo aparecía como cofundador del mismo, y de cuya dirección tuve que hacerme cargo más tarde pocas semanas antes del estallido de nuestra

guerra, se mostró en el asunto tan escéptico que se nos quedó oficialmente sin criterio. Y si tenemos en cuenta —como yo entonces les recordaba— que Fernando Agulló bautizó a la Costa Brava desde nuestro magnífico mirador de San Elmo viendo el trozo de costa bravía que nos separa de Tossa, hemos de reconocer que tampoco estuvo la ciudad en esta ocasión a la altura que nos brindaban las circunstancias.

Con todo, la Asociación de Periodistas de Barcelona cumplió su promesa presentando oficialmente mi iniciativa a la Asamblea que en pro de la constitución del Patronato de la Costa Brava se celebró más tarde en Girona. En esta conferencia ocurrieron cosas tan deliciosas y divertidas como lo es el hecho de que, a mi iniciativa tocando, la misma y única delegación que por la mañana se oponía al proyecto, acabara en la sesión de la tarde por ofrecer una de las calas de su demarcación para dar efectividad a esa misma iniciativa.

En cambio yo entendía —y, como autor de la idea, creo que con cierto derecho— que la «Cala d'En Pol» no debía caer muy lejos del lugar donde Agulló tuvo la inspiración; por eso, a quienes debía hacerlo, ofrecí la candidatura de la «Cala del Vigatà» que a mi juicio reunía las condiciones precisas y era lo suficientemente espaciosa para, entre otros proyectos que existían para el futuro, poder recibir la concurrencia que asistiría al acto de su consagración, acto que el Mtro. Luis Millet nos había prometido solemnizar con la asistencia en pleno del «Orfeó Català».

Por las mismas razones ya mencionadas en los hechos precedentes, dicho proyecto tampoco pudo llevarse a la práctica. Y murió, sin que nadie por ahí moviera públicamente los labios para rezarle ni siquiera un padrenuestro en su responso.

De ayer a hoy, debe por lo menos mediar nuestra propia experiencia.

A pesar de todo, de lo poco que en su favor hicimos, el turismo ha terminado por imponerse.

Si un día nos faltó la suficiente visión para valorar el hecho con la debida perspectiva, no intentemos por lo menos hoy repetir el experimento con la misma inconciencia de antaño, cual supone el que a la vuelta de cada esquina sigamos perdiendo nuevas y valiosas oportunidades.

Que momentos tan densos y plétóricos como los actuales, puede que no vuelvan ya jamás a repetirse.

CONSTRUCCIONES

EN CARPINTERÍA Y EBANISTERÍA

Vda. de J. ALBÓ

GOULA, 1

SAN FELIU DE GUIXOLS



Grau

RUTLLA, 19 — TELEFONO 226

CONFECCIONES PARA LA INFANCIA

PERFUMERÍA

NOVEDADES

JUGUETES

Desea a sus clientes y amigos unas felices Navidades y un venturoso Año 1954